

“Cuando le escucho, mi corazón palpita mucho más ...”

Un nuevo vínculo instaurado por la filosofía

IRENE PAZ

Platón recoge y delimita en el *Banquete* un nuevo vínculo social que inventa la filosofía en la cultura clásica. Lo nuevo no es la pederastia, el deseo de los viejos hacia los jóvenes, *l'amour des garçons*, para usar una expresión foucaultiana, sino más bien lo inverso, el vínculo de afecto por parte de los *garçons* hacia los que encarnan el saber.

El *Banquete* de Platón tiene una estructura narrativa peculiar: Apolodoro cuenta que Aristodemo le contó que en aquel simposio Fedro, Pausanias, Agatón, Erixímaco, etc. hicieron tales o cuales discursos. Hay una *mise en abîme*. Cabe preguntarse: ¿Por qué Platón adopta esta estructura narrativa complicada? Es decir, ¿por qué hay un relator de un relator? Y ¿por qué precisamente Apolodoro y Aristodemo son los relatores de esta narrativa?

¿Qué sabemos de Apolodoro? Sabemos que es un llorón. En el *Fedón*, Platón cuenta que cuando Sócrates alza la copa de cicuta y la apura de un trago, todos los que hasta entonces se habían contenido ya no son capaces de contenerse más y se ponen a llorar. Salvo Apolodoro, que ya venía llorando de antes... Fedón dice en la *Apología*:

Hasta entonces la mayoría de nosotros, por guardar las conveniencias, había sido capaz de contenerse para no llorar, pero cuando le vimos beber y haber bebido, ya no; sino que, a mí al menos, con violencia y en tromba me salían las lágrimas, de manera que cubriéndome comencé a sollozar, por mí, porque no era por él, sino por mi propia desdicha: ¿de qué compañero quedaría privado! Ya Critón antes que yo, una vez que no era capaz de contener su llanto, se había salido. *Y Apolodoro no había dejado de llorar en todo el tiempo anterior, pero entonces rompiendo a gritar y a lamentarse conmovió a todos los presentes a excepción del mismo Sócrates...*¹

Pareciera que Platón elija a un sensiblero, un “blando” –*malakós*² es el término que utiliza Platón en el *Banquete*–, un “blandengue”, en definitiva, para hablar del tema del amor. Pero esta elección podría pensarse de otro modo; a quien elige es a un *discípulo fervoroso de Sócrates*, alguien que dice en el *Banquete* que hace tres años que “*está con Sócrates*”:

y me propongo cada día saber lo que dice o hace [...] Antes daba vueltas de un sitio a otro al azar y, pese a creer que hacía algo importante, era más desgraciado que cualquier otro, no menos que tú ahora [le dice Apolodoro a Glaucón], que piensas que es necesario hacer todo menos filosofar³.

De hecho, Aristodemo, el relator intermedio, también es un discípulo fervoroso de Sócrates. De Aristodemo, habla Platón en el *Banquete* en los siguientes términos:

un tal Aristodemo, natural de Cidateneon, un hombre bajito, siempre descalzo, que estuvo presente en la reunión y era *uno de los mayores admiradores de Sócrates* en aquella época, según me parece⁴.

Por tanto, el vínculo con Sócrates es el común denominador de los dos relatores.

En cuanto a la estructura del relato, se ha de tomar en cuenta que en la época de Platón sigue viva la cultura oral. Aún rige la autoridad de la palabra. Platón se sitúa en la bisagra entre la cultura de la oralidad y la cultura de la escritura. En la cultura oral los relatos suelen ser fidedignos, gozan de autoridad. En cambio para nosotros lo oral está devaluado. Por eso a nosotros nos sorprende ese relato del relato del relato: le quita fiabilidad. En cambio para los griegos de la época, que eran fuertemente logocéntricos, esta construcción de un relato dentro de otro relato era natural y *agregaba*, no restaba fiabilidad al relato.

¿Por qué Platón iba a querer imprimir verosimilitud a su relato? ¿Porque es un relato inverosímil! Hay una mentira ostensible que exhibe Platón. Es la mentira de la relación casta entre Alcibíades y Sócrates. Todo el mundo sabía que Sócrates había sido su *proton erastés*, su primer amante. Platón pretende imprimir verosimilitud a lo que es, si no una mentira, por lo menos una ficción.

Ahora bien, hay que elucidar cuál es la función de esta ficción. ¿Por qué, para qué Platón construye esta ficción del vínculo casto entre Sócrates y Alcibíades? Hemos de ir al final del *Banquete*, a analizar la escena del discurso de Alcibíades. Les recuerdo brevemente este fragmento hermosísimo del *Banquete*: Alcibíades dice que intentó seducir a Sócrates, acostarse con él y no lo consiguió; creyó que Sócrates estaba interesado en su belleza y pensó... ¿Qué pensó?, nos preguntamos. Que si lo seducía, iba a poder “oír todo cuanto él sabía”⁵ –ésta son sus palabras–. ¡Escuchar todo lo que sabe es el objetivo del esfuerzo de seducción de Alcibíades!

Alcibíades se quedó a solas con él y Sócrates ni se inmutó. Hizo gimnasia con él, lucharon, y ni siquiera provocando el contacto físico Alcibíades consiguió nada. Le invitó a cenar, y no pasó nada. Le volvió a invitar a cenar, le forzó a quedarse a dormir en su casa, lo metió en la cama contigua a la suya ¡y nada! Entonces dice que se metió bajo el capote de ese viejo hombre, lo ciñó con sus brazos, lo abrazó, y ni así consiguió hacer el amor con él. Se quedó tendido toda la noche, durmió con él y se levantó por la mañana, *intacto*. ¡Sócrates lo despreció, se burló de su belleza y lo afrentó!, dice Alcibíades. Entonces Platón pone las siguientes palabras en boca de Alcibíades:

He sido herido y mordido por los discursos filosóficos que se agarran más cruelmente que una víbora cuando se apoderan de un alma joven.

Y dice que Sócrates, con sus palabras, hace que los que le escuchan queden como posesos:

Efectivamente, *cuando le escucho, mi corazón palpita mucho más* que el de los poseídos por la música de los coribantes; las lágrimas se me caen por culpa de sus palabras y veo que también a otros muchos les ocurre lo mismo. [...] Muchas veces me he encontrado, precisamente, en un estado tal que me parecía que no valía la pena vivir en las condiciones en que estoy. [...] A la fuerza, pues, me tapo los oídos y salgo huyendo de él como de las

sirenas, para no envejecer sentado aquí a su lado. Solo ante él de entre todos los hombres he sentido lo que no se creería que hay en mí: el avergonzarme ante alguien. Yo me avergüenzo únicamente ante él [...] Cuando me aparto de su lado, me dejo vencer por el honor que me dispensa la multitud. Por consiguiente, me escapo de él y huyo... Y muchas veces vería con agrado que ya no viviera entre los hombres [¡un deseo de muerte expresa Alcibíades!; hay mucha ambivalencia en sus sentimientos], pero si esto sucediera, bien sé que me dolería mucho más, de modo que no sé cómo tratar con este hombre.⁶

Pensamos que la última parte del *Banquete*, el discurso de Alcibíades, no es un apéndice, un añadido prescindible, más o menos inútil o puramente decorativo, como algunos helenistas han insinuado. Mi tesis es la siguiente: el hueso duro del *Banquete* es el vínculo entre el maestro y el discípulo, el amor, la atracción erótica del discípulo hacia el maestro, la *transferencia*. Lo esencial en este diálogo no es *l'amour des garçons*, para usar una expresión foucaultiana, la pederastia, sino más bien lo inverso, lo que podríamos llamar *l'amour du savant*.

Un nuevo vínculo nace con la filosofía, un vínculo social que antes no existía: el amor por el que sabe. No solo hay amor por el saber, sino que, además, ese amor es vivido de entrada como una idealización, incluso una atracción erótica por el que sabe. Es lo que en psicoanálisis se llama transferencia: amor e incluso deseo por el “sujeto supuesto saber”. No es la pederastia lo que está en juego, sino al revés, la transferencia, la atracción del joven por el viejo, del *garçon* (o la *fille*, eventualmente) por el *savant*, por el que encarna el saber.

Antes, los sabios eran admirados, eran respetados, pero no eran amados ni deseados. La filosofía nace, en el plano de la experiencia vivida, con la invención, la instauración de un nuevo tipo de lazo social: la transferencia. Por primera vez el *logos* hace que surjan “escuelas”, “discípulos”. En cambio el discurso mítico era aluvional. El respeto iba dirigido a la tradición en general. No había discípulos. En filosofía, los discípulos no solo siguen teóricamente al maestro, sino que están *emocionalmente involucrados* en su relación con él. El discípulo es el *erastés*, y no el *eromenós*. No por nada Platón pone todo el relato del simposio en boca de Apolodoro y de Aristodemo, dos discípulos *particularmente* apegados al maestro.

Sócrates es *el amo de la transferencia*. Platón le hace decir a Sócrates, en el *Banquete*, que no sabe nada ¡salvo de los asuntos del amor!⁷ Platón rompe ahí con la tesis de la ignorancia de Sócrates. Posiblemente Sócrates hacía estragos en el plano de la transferencia. Hechizaba a sus discípulos con sus palabras, sus reflexiones, de un modo completamente novedoso en la Grecia Antigua. ¡Por eso precisamente lo acusan de “corromper a la juventud” en el 399 a. C.! Antes, ningún *didáskalos*, ningún maestro tenía esta relación con sus “alumnos”, aunque mantuviera relaciones sexuales con ellos.

Platón se inventa la metáfora extraña de la mayéutica, de que Sócrates ayuda a parir, a dar a luz, nuevas ideas. Inventa esa identificación de Sócrates con su madre, Fenáreta, que era comadrona. En definitiva, ahí Platón lleva muy lejos la metáfora sexual para dar cuenta del trabajo intelectual. La lleva hasta la reproducción. Porque sexualidad y reproducción estaban unidos en aquel entonces; no como en la actualidad donde están

cada vez más separados. Esta metáfora de la mayéutica es extraña: es el “fantasma” de Platón, como señala Lacan⁸.

En todo caso Platón erigió un monumento tan soberbio a la transferencia con Sócrates que contagió de ella a toda la historia de la filosofía. Pues no hay nada más contagioso que la transferencia. Sócrates está en el origen de *la transferencia más larga de la historia*, dice Lacan⁹. Todos los filósofos posteriores fueron considerados socráticos: unos mayores, otros menores; y los anteriores: presocráticos. Un individuo que no escribió ni una sola línea en su vida se convirtió en el eje, el pivote de la filosofía antigua y el santo patrón de toda la filosofía. Y aún seguimos amando en cierto sentido a ese sátiro rechoncho; lo seguimos interrogando; transmitimos a nuestros alumnos algo de la fascinación que ejerce sobre nosotros. Y muchos de ellos caen.

Para Platón la filosofía es una *erosofía*¹⁰. El amor al saber queda encarnado en el amor hacia el sujeto supuesto saber. Aquel al que se supone un saber, sobre todo sobre cuestiones radicales de la existencia, es amado y eventualmente deseado. La pareja Alcibíades–Sócrates es paradigmática. Podríamos titular el *Banquete*, no solo *Banquete o del amor*, como aparece en muchas ediciones, sino *Banquete o de la transferencia*.

Notas

1. PLATÓN, *Fedón*, 187c-d. *Diálogos*, vol. III. Madrid, Gredos, 1986, pp. 140-141.
2. “De dónde recibiste el sobrenombre de ‘blando’, yo no lo sé, pues en tus palabras siempre eres así y te irritas contigo mismo y con los demás, salvo con Sócrates”. PLATÓN, *Banquete*, 173d. *Diálogos*, vol. III. Madrid, Gredos, 1986, p. 188. M. Martínez Hernández, en la nota 7 al *Banquete* de la edición de Gredos, dice: “*malakós* (blando, tierno, impresionable) va muy bien con el carácter de Apolodoro”.
3. *Banquete*, 172c-173a, ed. cit., p. 186.
4. *Banquete*, 173b, ed. cit., p. 187. Las cursivas son nuestras.
5. *Banquete*, 217a, ed. cit., p. 274.
6. *Banquete*, 215a-216c, ed. cit., pp. 271-3. Las cursivas son nuestras.
7. “... yo que afirmo no saber ninguna otra cosa que los asuntos del amor”: *Banquete*, 177d, ed. cit., p. 198.
8. LACAN, Jacques, *Le Séminaire. Livre 8, Le transfert*. París, Seuil, 2001, p. 107.
9. “*J’ai nommé Socrate –Socrate ainsi mis à l’origine, disons-le tout de suite, du plus long transfert, ce qui donnerait à cette formule tout son poids, qu’ait connu l’histoire.*” LACAN, *op. cit.*, p. 16.

10. El vínculo filosófico está planteado también en el mito de la caverna. El *eros* es lo que empuja fuera de la caverna al prisionero que se libera. Hay una erótica del saber. Pero lo que devuelve el filósofo a la caverna, para liberar a los que no saben, es la *philia*. Así queda perfilado el vínculo entre el que sabe y el que no sabe. No es un vínculo simétrico. Es un vínculo asimétrico como todos los vínculos de amor para los griegos, donde hay un *erastés* y un *eromenós*, un amante y un amado. El *Banquete* y *La República* son en este sentido complementarios. El *Banquete* habla de lo que experimenta el discípulo: *eros*; la *República* habla de lo que experimenta el maestro: *philia*. Ahora bien, el deseo de verdad y el *eros* por el sabio no habitan en todos los prisioneros de la caverna. La caverna es la debacle del *eros* platónico, que Platón solo puede resolver con el elitismo de los auténticos eróticos, los filósofos, y su derecho a imponerse a la *polis*.